

Un cheque en dólares, de Hemingway

Por Juan ALBERTI

El otro día, al calor refrescante de una piscina, encontré a Marino Gómez Santos, muy sonriente y feliz y bastante más gordo. Me participó su próxima boda, la estancia de su padre en Madrid para la petición de mano, que acababa de hacerse y de la cual da cuenta Ticó Medina. También me habló de una crónica mía sobre una conferencia suya en el Círculo Medina, que no logra atrapar.

Hace dos días, recibo una carta de Gómez Santos, para aclararme que la conferencia fue pronunciada el 6 de febrero del 59. Ya lo sabe el secretario de Redacción y no se olvide de la fecha para tenerme preparado un ejemplar para mis vacaciones, ya próximas. Es compromiso medieval...

Ayer tarde me encontraba con Marino, otra vez, pero en fotografía. Viene al lado de Hemingway, de Antonio Ordóñez y de otros de menor importancia, con la excepción, claro está, de Emilio Romero. Don Ernesto se retrata en un grupo tan representativo del periodismo, porque ha fundado un premio para periodistas, o aficionados, al periodismo, un premio al mejor escrito sobre la fiesta de toros.

El «muerto» resucitado entró en la redacción de «Pueblo» del brazo de su inseparable Antonio Ordóñez, y llevaba por delante, a guisa de muleta, un cheque por valor de quinientos dólares, que será el premio al ganador, en números de hábito bancario. Treinta mil pesetas, que no se dan todos los días en este país, para premiar algo de la gente que escribe.

La gente que escribe en las condiciones de Hemingway, aparte de su calidad, puede hacerlo descansadamente y con reposo. Al señor Ernesto le pagan a dos dólares por palabra, allá en su tierra, y, el último libre contratado esta

ba, o estuvo, «medido» en cincuenta mil palabras, que suman cien mil dólares. En total, seis millones de pesetas, por un libro. Lo mismo que aquí.

Para ganar esos quinientos dólares, el señor Hemingway, además de haber obtenido el premio Nóbel, debe escribir doscientas cincuenta palabras y como, en este instante, llevo escritas, en esta crónica, cuatrocientas cincuenta y sólo un cuarto de hora de tiempo, resulta que el señor de las campanitas aquellas, gana quinientos dólares en diez minutos. Para que luego digan del pobre Garay, que, por fin, ha firmado por el Barcelona el mejor traspaso del fútbol español.

El gesto del barbudo escritor es de vuelta al ruedo. Pero, al ruedo ibérico, donde los que escriben de toros lo hacen todos igual y los que torea se empeñan en repetirse de una forma tan exacta que el torero de esta época, más que torero, parece un serial. Los críticos, hasta hablan de series de pases, como si el toreo fuese una productiva fabricación norteamericana de emociones ligadas, o de quiebros con suerte.

Al parangonarlo con el fútbol, dice Castillo Puche, que los aficionados al balón no escribieron, nunca, ningún poema al penalty o al gol. Se olvida de Rafael Alberto y de su magnífico poema a Platko, un húngaro que fue portero del Barcelona. Literatura, aparte, pienso que la preponderancia del fútbol se debe a que un gol, casi nunca es igual a otro gol. Y, hoy, los pases en redondo y los de pecho y los naturales, son todos lo mismo, son un calco, son una repetición, son un serial, y los seriales, ya no los escuchan ni las domésticas, sobre todo, desde que el espíritu mutualista preside sus gustos

20 Agosto 1960

"La Nueva España"

Oviedo.